

¿Podría levantar los pies para que meta la escoba? Así está bien, gracias. A la India, ¿verdad?

Es muy fácil. Los destinos son como los cortes de pelo, los zapatos... o la pareja. Los elegimos por cómo nos quedan.

Mi sobrina lleva el pelo con mechas rubias, le encantan los zapatos de tacón y se casó el año pasado con un informático. Invitó a 400 personas a la boda. ¿Dónde cree que fueron de viaje de novios? Exacto. O Cancún o un crucero. Pues Cancún. Su marido se marea.

Sí, él lleva gafas. Muy agudo. ¿Ha visto?, no es tan difícil. Al principio parece casualidad, pero conforme más gente conoces más te das cuenta de que los tópicos están por algo... Usted, por ejemplo, se va a la India a encontrarse a sí mismo. ¿Me equivoco? No, no me parece que se haya perdido. Pero es usted el típico que se va a la India. No se ofenda, antes dijo que los informáticos llevan gafas y yo le digo ahora que tiene pintado en la cara: *destino Nueva Delhi*. A

la India se va solo —y usted está solo— y un mes como mínimo —lo que deduzco de ese mochilón—. Pero le adelanto que aun así siempre hay otro que ha estado tres meses y le dirá que para estar sólo treinta días no se va a la India. Y otro que estuvo seis meses y además cogió amebas o alguna enfermedad rara... entonces ya no se puede competir...

Va recién afeitado. ¿A que lo ha hecho para poder dejarse barba desde cero? Se va con el cutis de un bebé y volverá barbudo. Cuando regrese se esperará unos días a afeitarse, hasta que todos le vean.

Perdone que sea tan franco... Si pudiésemos meternos en la cabeza de otras personas nos sorprendería hasta qué punto nada ha cambiado. Conócete a ti mismo y conocerás a todos. No me burlo de usted, me burlo del género humano, de cómo somos... Mi sobrina eligió Cancún por razones similares a las suyas...

¿No lo cree?

Usted vendrá con barba y ella vino con una pulserita. Ella hablaba de los daiquiris y el sol. Usted hablará de la espiritualidad y el karma. Ella enseñará fotos de su marido en bañador y usted fotos de esos preciosos niños de ojos pintados...

Es kajal, un producto aromático que fortalece la vista de los pequeños...

¿Me pregunta a mí? Sólo soy un barrendero. Además, es difícil hablar de la India. En realidad sólo se puede describir con las frases de siempre: *es otro planeta, hay que ir para entenderlo, te remueve por dentro, los indios están locos* y cosas así... lo de siempre.

Eso dicen, que es un viaje interior. Yo creo que

depende. Si vas con la idea de encontrar algo, pues algo encontrarás. Y la India se presta a revolver. Más que un país parece un trastero: las más extrañas gentes, las más extrañas costumbres y los más extraños objetos se apilan sin orden ni concierto.

Hace muchos años tuve un compañero que se fue allí. Se fue porque no soportaba su vida. Otros le dirán otras cosas, pero fíese de mí que lo conocía bien. Se fue a la India como quien se mete una pistola en la boca, y perdone la metáfora. Se fue para acabar con todo de una vez por todas. De esto hace unos quince años. Entonces la gente no se iba a la India así como así. Ahora es algo normal. Es bastante moderno. Un viaje a algún país exótico queda perfecto con determinados pantalones, ¿no cree?

Se llamaba Eduardo Juesas y era la discreción en persona. Muy correcto y serio... demasiado diría yo. Hasta cuando sonreía lo hacía con una mueca torcida que no se entendía muy bien qué quería decir. No sé qué hubiera pensado de él de haberlo conocido aquí, en el aeropuerto. Supongo que lo mismo que todos, que era un tipo raro y que su reserva rozaba constantemente la mala educación. Pero yo ya lo conocía a Eduardo, desde niño, y sé que era un hombre fascinante.

Se mudó con su madre al apartamento junto al nuestro. Siempre fue un solitario. Apenas tenía amigos y, la verdad, no parecía demasiado preocupado por ello. Leía mucho... Mire, un nuevo tópico: los que leen mucho acaban medio trastornados. Como el Quijote o la señora Bovary, quienes acabaron creyendo que la realidad era como esos libros que tanto les emocionaban. Y la realidad es otra cosa, ¿no cree?

Ni mejor ni peor, pero otra cosa. A Eduardo le pasó algo parecido. Aunque ni mucho menos insinúo que la culpa fuera de los libros, como ciertos individuos han afirmado alguna vez. Los libros no convirtieron a Eduardo en un muchacho huraño. Ni a él ni a nadie. Más bien es al contrario, su naturaleza arisca es la que le llevó a ver en los libros un aliado.

La influencia de su madre tampoco ayudó demasiado al chico, seamos sinceros. Era una mujer encantadora, siempre sonriendo, pero como madre no sé qué decirle. Los niños deben jugar a las canicas o a la peonza... ¿videojuegos? Bueno, los niños deben jugar a cosas de niños. Pero la madre de Eduardo lo trataba siempre como a un hombrecito. Se lo llevaba a museos, a bares, al campo a meditar... no le he dicho que era fotógrafa... y soltera, para que se haga una idea de lo que le estoy hablando. El chaval no tenía padre. Si le preguntabas levantaba los hombros, y es que su madre no le había dicho ni el nombre de su progenitor.

—El Espíritu Santo —me contestó ella la única vez que le pregunté por el tema. Bromeando, claro, pero no me hizo mucha gracia. Lo que pasa es que como se reía tan a gusto...

No sé qué pensará usted, pero no es un buen ejemplo para un menor. Y ya no le cuento de las cosas que fumaba y de los amigos raros que se llevaba a casa. Cada día con uno... que no digo que sea ni bueno ni malo, ahí no me voy a meter... yo soy de otra generación y seguro que no vamos a entendernos... pero con un niño pequeño, pues no me parece correcto un ejemplo así...

En fin, no nos vayamos por las ramas... Eduardo

era un chaval extraño. A mi señora Leonor, que en paz descansa, le daba un poco de pena. Decía que necesitaba más calor familiar. Porque su madre era muy cariñosa con él, eso es verdad, pero criarse sin padre, sin hermanos, sin abuelos... Leo a veces le llevaba pasteles o lo invitaba a venir a casa a ver la televisión... curiosamente ellos no tenían. Pero el niño no parecía muy dispuesto a dejarse querer. Sólo recuerdo unas pocas veces que vino a casa. Una de ellas se sentó sobre la alfombra, delante del televisor y se quedó hipnotizado. Leo estaba muy contenta, preparando chocolate en la cocina.

—Este niño necesita una tía —repetía una y otra vez.

Nosotros no tuvimos hijos. Pobre Leo, con lo que a ella le gustaban los críos.

Me acuerdo bien de la escena. Eduardo mirando la tele desde la alfombra y yo en el sofá mirándolo a él. Ni parpadeaba. Le preguntabas algo y no respondía. *¿Quieres más chocolate?* Y el niño pasmado. No sabíamos qué hacer para que reaccionara, hasta que llegó su madre:

—Venga, Eduardo, a cenar.

Y sin decir nada se levantó y se fue. Al día siguiente subí con él en el ascensor.

—Don Salvador —me dijo—, ¿todo eso que había en su tele es verdad?

Yo le dije que algunas cosas sí y otras no. Me hizo decirle programa a programa qué era verdad y qué no. Después se fue a casa pensativo. Cuando Leo lo volvió a invitar se limitó a decirle:

—No me gusta su televisión. Después no puedo dormir pensando.

—¿Pensando en qué, cariño?

—No lo sé. Pensando. En las cosas que pasan en el mundo.

Menudo niño, ¿verdad? Cuando creció no cambió mucho. Un poco más alto y con un poco más de barba, pero igual de reservado. Mi mujer ya se había hecho a la idea de que no sería su tía Leo y yo, bueno, esto no se lo decía a ella, pero sé que el chaval me consideraba su amigo. A veces me contaba cosas, no sé, tonterías que le ocurrían en clase. Pero viniendo de él era muchísimo, hasta su madre me lo decía.

—Don Salvador, le cuenta más cosas a usted que a mí.

Y Leo me miraba un poco envidiosilla.

—Cosas de niños —respondía yo.

Pero no es esto lo que quería contarle, sino una anécdota de cuando tenía once años. Usted si ve que me enrolló córteme...

Ocurrió una cosa en el barrio que llegó hasta los periódicos. Alguien había estado disparando con una escopeta de perdigones a un grupo de jóvenes. A uno le dio en la barriga y a otro en el hombro. Por suerte a ninguno le pasó nada. El susto y el impacto, que supongo que lo suyo dolerá. Nunca se supo quién había sido porque el culpable había disparado desde una terraza y había huido rápidamente.

¿Eduardo? Sí, fue Eduardo, pero no juzgue tan a la ligera. Lo ha deducido porque estamos hablando de él. Era un chico normal, no se crea que tenía mirada de loco o hablaba con gente invisible o esas cosas de las películas. Si uno de los reporteros de televisión hubiese venido a casa a preguntarme le